

*Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).*

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

	3	<b>Música Religiosa</b>
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	<b>Reconocimiento a Mozart</b>
<i>Jorge Saltor</i>	7	<b>Música en Tilcara</b>
<i>Luis Baliña</i>	14	<b>La música alimenta el alma (Platón)</b>
<i>Jean-Pierre Longeat</i>	20	<b>Música litúrgica y contemplación</b>
<i>Cristian Gramlich</i>	33	<b>Música y celebración en Argentina</b>
<i>Jean-Michel Dieuaide</i>	48	<b>El repertorio musical de las asambleas</b>
<i>Manfred Lochbrunner</i>	54	<b>Hans Urs von Balthasar y la Música</b>
<i>Damien Harada</i>	66	<b>Musica litúrgica</b>
<i>Cardenal Jean-Marie Lustiger</i>	69	<b>Carta al Simposio de la Federación Francófona de Amigos del Órgano</b>
<i>Philippe Charru</i>	74	<b>Escuchar la música de Bach</b>
<i>Manfed Lochbrunner</i>	86	<b>Fernando Ortega, Belleza y Revelación en Mozart</b>
<i>Marie-France Begué</i>	89	<b>La vocación Homenaje a Mandrioni</b>

# Testimonios:

## I. Musica litúrgica

*Damien Harada* \*

Soy hermano de las “fraternidades monásticas de Jerusalén”, japonés y músico. Mi comunidad celebrará este año su vigésimo quinto aniversario: fue fundada el día de Todos los Santos, en 1975 por el padre Pierre-Marie Delfieux. Las fraternidades de hermanos, por una parte y por otra la de hermanas, viven su vida contemplativa en plena ciudad. Los días se distribuyen en dos secciones: un tiempo para un trabajo exterior y otra parte para la vida comunitaria. El trabajo exterior se realiza en tareas muy variadas: enseñanza, administración, gestión, secretaría, salud, etc. Las comunidades de hermanos y de hermanas se reúnen tres veces por día para la liturgia, cantada polifónicamente y abierta a los fieles. En estos momentos privilegiados de recogimiento, cada uno puede dar una dimensión espiritual a su vida y rezar con Cristo, en Cristo y por Cristo. Permanecer en el pensamiento de Dios es el germen de la contemplación.

La comunidad donde vivo se encuentra en Vézelay, en Bourgogne, célebre por la basílica de Sainte Marie Madeleine, una de las joyas de la arquitectura románica. Es en este recinto donde yo interpreto música durante las celebraciones litúrgicas: el órgano, la cítara o el koto sustituyen aquí a intervalos a las palabras y los cantos sacros. Muchas veces improviso. Improvisar no significa tocar cualquier cosa sin conocimiento de la teoría

---

\* Damien Harada nació en 1947 en Japón. Estudió Teología en Roma. Ha vivido en Italia, Alemania y España como religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan Dios. En Francia desde 1993, actualmente es hermano de Jerusalén. Estudió música en el Conservatorio de Tokio y de Roma. En Japón fue profesor de Musicología y Pedagogía en la Universidad de Kochi. Hoy es organista y anima las liturgias de las Fraternidades de Jerusalén. Interpreta koto (instrumento tradicional japonés) y cítara (que enseña a tocar). Compone música sacra y litúrgica. Suele dar conciertos en Francia y en Japón de música tradicional o sagrada.

musical... La pequeña ciudad de aproximadamente doscientas personas, queda aislada durante los inviernos rigurosos y hay pocos visitantes en esta época. Cuando vuelven los días lindos, una multitud de turistas, fieles y peregrinos aparece de nuevo. Le devuelven la vida a la basílica. Sin embargo esto no hace cambiar en nada mi vida de meditación.

Cuando estaba en Japón, enseñaba musicología en la Universidad. Un día, entre los numerosos trabajos a corregir, uno me llamó la atención de un modo especial. El estudiante concluía su disertación sobre "¿Qué es la música?" resumiendo: "Es como tocar la flauta en la incertidumbre de una noche en el desierto". Esta reflexión sobre el sonido de la flauta, soplo que anima la oscuridad de la noche, iluminó mi vida. Me di cuenta de que ese silencio profundo que absorbe el sonido esconde otro silencio más profundo todavía. Quedé muy impresionado por esta revelación. Me doy cuenta con cuánta emoción mis experiencias personales han enriquecido mi arte y mi vida espiritual. En la naturaleza, todo puede cantar la gloria de Dios, pero lo más bello es el silencio. Debemos estar muy atentos a él para que la música no se vuelva profana. Se trata de la búsqueda del silencio como del amor a la voluntad de Dios. Mi deseo siempre creciente de permanecer en la voluntad de Dios se traduce en mi música, en la vigilancia para permanecer en contacto con el silencio.

Hasta ahora, yo tocaba distintos instrumentos: órgano, clave, piano, koto (es un instrumento de cuerdas japonés en el que interpretaba antiguas canciones llamadas "Jiuta"). Descubrí la cítara cuando llegué a Francia. Después de cincuenta años en los que he convivido con la música, tomo conciencia, con la madurez, que me resulta cada vez más difícil interpretar música delante del mundo. Cuando era joven pensaba que la música aportaba una "tranquilidad de silencio", pero hoy me doy cuenta que de la música brota un silencio profundo. Sin él la música no tendría alma. Durante las celebraciones litúrgicas, debo buscarlo en el pensamiento de Dios. Los textos litúrgicos despliegan la oración de Jesús, la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Son portadores de una alabanza enormemente profunda. En esos momentos, debo consagrarme totalmente a la escucha de Dios y convertirme en humilde mensajero entre él y la música, expresión de su Amor. Aquí está para mí el sentido de la contemplación: así como la palabra de Dios se encarnó en el cuerpo de Cristo y debe ser distribuida a los hombres, de la misma manera mi música, que es al mismo tiempo mi oración, no debe quedar en mí. Cuando toco un instrumento, necesito mi respiración. Estos soplos de aspiración y de expiración son la dirección alternada de la vida, su vaivén. Vida recibida en el soplo creador del Espíritu, vida difundida en la expiración redentora de Cristo en la cruz. Cada uno de nosotros es una criatura de Dios.

misericordioso. Esto que percibo ¿se debe a que soy oriental? De todas maneras pongo el acento en la respiración, profunda y lenta. Allí encuentro mi “inspiración” musical.

Tengo, cada vez más, la certeza de que en la contemplación, siempre está presente la música. He conservado de la música tradicional japonesa dos elementos esenciales. Todo es emitido hacia un fin, como el nacimiento conduce inexorablemente a la muerte. Dicho de otra manera, todo sonido está continuamente al lado del silencio. El sonido no es más que otra forma momentánea del silencio absoluto. Como el misterio de la pasión y de la resurrección. El sonido nace de un profundo silencio. Escuchamos el sonido surgiendo del silencio puro. Desgraciadamente, para muchos la música no es más que un accesorio emocional para decorar las imágenes. La música debe tomar conciencia de la entidad de cada sonido emitido y permitirle expandirse en su carácter único, incluso si es muy breve.

En esta línea, conforme a la noción tradicional de respeto por la vida de cada cosa, se dice que en cada ejecución, siendo única y sagrada, los músicos deben dar cada vez lo mejor de sí mismos. En el antiguo Japón, se prescribía que había que subir al escenario con una espada escondida: si el músico no tocaba con calma y serenidad, era preferible que se matara antes de ser ridiculizado. Incluso si este aspecto del honor ya ha sido dejado de lado, creo que esta exigencia de calidad en la ejecución podría aplicarse al músico que interviene en una celebración litúrgica. Después de haber escrito esto, me siento más japonés que nunca... Son mis raíces....

La música no se reduce a sonoridades físicas, pero comporta también movimientos y trayectorias: las nubes en el cielo, el viento. No hay que olvidarse de que el ritmo es indispensable en la música así como en la contemplación. Este ritmo lo imprime muchas veces la palabra: la palabra del oficiante o la palabra proclamada de diferentes maneras. Jamás es el mismo ritmo. Depende de la persona, de su lengua, de aquello que dice, etc. Estos matices son infinitos. La música no debe necesariamente “seguir” ese ritmo. Pero es conveniente que cada vez lo involucre y lo despose.

Si se desea que la celebración litúrgica sea verdaderamente la oración contemplativa, es necesario estar a la escucha de la palabra de Dios y concentrarse en lo que se está celebrando. Este esfuerzo me hace tomar conciencia de mi soledad. En el momento de la ejecución musical es cuando yo me siento solo, desprendido de toda tensión en la oración. Lo esencial es que tome distancia de todo aquello que me rodea. Tener un corazón lleno de amor y colocar mi ritmo individual en armonía con el conjunto. El enemigo de esta armonía es la distracción, la falta de atención del corazón. Es una cues-

ción de amor también para los otros: para cada uno es vital escuchar a Dios. Celebrar la liturgia, es hacer posible esta escucha, porque cada ser está dotado de un corazón sensible, capaz de probar su falta de espiritualidad en un alto lugar de oración como Vezelay. Nada hay más triste que escuchar cantar la liturgia sin fe, sin convicción comunicativa.

En conclusión, lo que busco en la música es la belleza, la tristeza íntima de la compasión y de la serenidad. Como dijo Yasunari Kawabata cuando recibió el premio Nobel: “yo, en ese hermoso país del Japón...”, yo terminaré diciendo: yo, Damian, en ese bello país de Dios, debo continuar avanzando en el camino del amor, profundizando en mi corazón el silencio, fuente de luz.

Traducción: Clara Gorostiaga

## **II. Carta del Cardenal Jean-Marie Lustiger, al Simposio de la Federación Francófona de Amigos del Órgano**

Queridos amigos,

Ustedes han dado a este simposio un doble título: “Para un canto de la Iglesia tradicional y contemporánea” y “el rol del órgano en la liturgia de las Iglesias francófonas”.

Unir estos dos temas no deja de tener un interés especial. En efecto, toda celebración litúrgica, y en primer lugar la Eucaristía, constituye una acción compleja pero unificada que se desarrolla en el tiempo. Las grandes obras musicales nos aportan el mejor punto de comparación.

Cuando la tradición litúrgica está constituida con fuerza, cuando el repertorio evoluciona con una relativa lentitud y sabe integrar las innovaciones en una estructura preexistente, es casi instintivo que este desarrollo se construya en el tiempo en un acto en que los celebrantes son simultáneamente las liturgias y los participantes, cada uno con diversos títulos. La